



todo así?..

¿Es

PRÓLOGO

Este planteo es mayormente teórico y contiene elementos prácticos. Hace poco escuche en un programa radial una entrevista concedida a la sexóloga Martha Vaeza, quien dice abogar por una sexología cristiana, fundamentada en la llamada "Teología del cuerpo". Según los aportes más recientes en materia científica ¿consideras que ello es viable? ¿cuáles serían los rangos de aplicabilidad en pacientes portadores de síndromes de disfunción sexual,

por ejemplo.? ¿qué profesionales siguen dicha "corriente" en nuestro país? ¿Cómo contactar con ellos? Quisiera que, en lo posible, esta consulta fuese incluida en la columna que Ud. suscribe en "La República". Agradezco su respuesta:

La llamada Teología del Cuerpo, toma como base, una serie de 129 charlas que el Papa Juan Pablo II ofreció desde 1979 hasta 1984, enfocándose en el significado del cuerpo humano, la sexualidad y el matrimonio a la luz de la revelación bíblica. Veinte años después, las mismas, han sido publicadas en un libro titulado "La teología del cuerpo: El amor humano en el Plan Divino.

El objetivo que se proponen es contestar dos preguntas fundamentales: ¿qué significa ser

humano?, y ¿cómo pueden los seres humanos encontrar la felicidad verdadera? De acuerdo a los textos del Papa, el cuerpo masculino y el cuerpo femenino, hechos a la imagen de Dios, reflejan algo de la naturaleza divina, o sea, el ser humano posee un cuerpo con sexualidad, que es imagen de Dios. Juan Pablo II informa que con el cuerpo humano entró la santidad en el mundo, que no hay que tener miedo de la legítima y normal atracción sexual. Afirma que es natural y además responde a una llamada a la comunión entre las personas, a la que denomina «significado sponsalicio». Pero a la vez advierte ante el efecto de una mirada de dominio, de uso, que reduce el otro a cosa y le despoja de su dignidad de persona, y que esto puede pasar incluso dentro del matrimonio. Esta mirada y la acción que provoca, no se correspondería con la dignidad que merece toda persona en su cuerpo y en su globalidad.

Por tanto, la atracción es buena en sí, pero debe ser purificada y dejarse guiar por un respeto radical, ordenándose a la comunión de las personas y a la entrega sincera.

Lo novedoso de esos escritos sería que, en ellos, el Papa estaría integrando el cuerpo a la salvación que la Iglesia pregona. Con afecto,

FELIPE SANTOS, SDB

SEXUALIDAD:

Terapia cristiana y reconstrucción



Cuando hablamos de terapia, hablamos dos intervinientes: el que cuida y el cuidado. Para que una terapia ase cristianismo ¿hace falta que los dos, terapeuta y paciente, lo sean también? Conozco sexólogos cristianos que cuidan con éxito a pacientes que no lo son. Su modelo de sexualidad se funda en su concepción espiritual del mundo, pero los parámetros con los que sueñan sus enfermos integran los principios de las ciencias médicas humanas que son las referencias de sus colegas no cristianos...

I. Las características de una terapia cristiana de la sexualidad

Quien dice “terapia” dice “cuidado del mal”: desgracia, enfermedad o malestar. Ninguna necesidad de ser gran científico para comprender hasta qué punto la sexualidad es un campo de desgracia, de enfermedad y de malestar en nuestro mundo. Como la sexualidad pertenece al orden de la creación, y no de la caída, puede ser también fuente de felicidad cuando se vive según los principios de su autor.

Esta separación entre el concepto según Dios y la realidad demasiado frecuente rota de la sexualidad humana, ha interpelado a los cristianos. Y lo somos. Consideremos que cada manifestación del mal, incluida la sexualidad, es un ataque de enfermedad a la voluntad de Dios. A este título el mal llama a una reacción por nuestra parte: un arrepentimiento o una enseñanza si se trata de pecado, una resistencia si se trata de tentación, un cuidado si se trata de un afecto.

Es pues normal que el cristiano se inspire en su fe para reflexionar acerca de la sexualidad, no solamente evocándola como una teoría desencarnada, sino también abordándola desde el aspecto de la experiencia real vivida, deseada o lamentada, fuente de felicidad o causa de malestar.

Esta realidad de la sexualidad, *en sus dimensiones negativas*, provoca enfermedades o afecciones físicas y psíquicas que deben ser cuidadas. También puede causar lesiones gravísimas del corazón y de las relaciones. Estas lesiones para comenzar a curar, necesitan un lenguaje que está profundamente enraizada en la Biblia, incluso si no es exclusivamente bíblica: trasgresión y perdón, arrepentimiento y reconciliación, respeto, don de sí, compromiso, fidelidad.

Este vocabulario resuena fuertemente con la fe del cristiano. Lo llevará a menudo, en la eventualidad de una terapia de sexualidad, a ver una terapia cristiana, es decir que tiene cuenta su fe en Cristo de una manera específica.

A) ¿En qué una terapia de la sexualidad podría ser específicamente cristiana?

¿Por qué una terapia cristiana de la sexualidad y no una terapia cristiana de los músculos y de las articulaciones?

Propongo dos elementos de respuesta a esta cuestión.
— Primeramente, la sexualidad es innegablemente relación.

La forma de remitir una luxación en el hombro no lo es. A bien, lo relacional desemboca pronto o tarde en una moral del bien y del mal. Sabemos que lo relacional puede ser desviado, mal conducido, roto. Es pues un tema a reconstruir en función de una moralidad del bien y del mal que el cristiano funda en su fe, en su relación con Dios.

- En segundo lugar, una sexualidad sana se construye sobre principios establecidos por Dios y revelados en la Biblia. Una terapia para el cristiano planteará pues estos principios divinos como base de una reconstrucción de la sexualidad. Estos principios se nos presentan en la Biblia como aspectos de la imagen divina que llevamos, no como «caprichos» de Dios.
- Cuando la Palabra de Dios ordena el compromiso de vida entre los partenaires sexuales, como Cristo lo enseña en Mateo 19, es porque esta relación es una ilustración del amor que Dios nos da:
- de por vida, comprometido, indefectible e incondicional. En Efesios 5, Pablo nos compromete a amar a nuestro cónyuge como Cristo ha amado a la Iglesia. Este acercamiento entraña nociones de obediencia, pecado, trasgresión, sobre todo en la reconstrucción de una sexualidad rota, que nos permiten mirar una terapia de la sexualidad que sea específicamente cristiana.

Igualmente, para algunos problemas de la sexualidad, como una adicción a la pornografía por ejemplo, los cristianos

pueden hacer una llamada a la felicidad con terapeutas si cristiana, que saben respetar los fundamentos espirituales de sus pacientes (como debería hacerlo todo buen terapeuta).

Tales acercamientos terapéuticos podrían llamarse cristianos pero mientras que la fe no esté explícitamente integrada en la etapa terapéutica, faltará una dimensión espiritual al cristiano concernido. Así prefiero limitarme aquí a la situación más cercana de las preocupaciones de una Facultad de Teología de un cristiano — pastor, sacerdote, terapeuta, consejero, relación de ayuda o responsable espiritual — que busca ayudar a otro cristiano. Salvo excepción, mis propósitos hoy que enmarcarlos en este lugar.

B) La oportunidad de una terapia de la sexualidad para el cristiano



La oportunidad de una terapia de la sexualidad para el cristiano se funda en dos consideraciones distintas:

- Los problemas de la sexualidad en la p...
- La ruptura sexual, que concierne a un disfuncionamiento de la orientación sexual, la relación de la alteridad sexual (homosexualidad, bisexualidad, transexualidad, etc.).

odio del sexo opuesto, adicción a diversos comportamientos sexuales, consecuencias de la violación, etc.).

Serán abordadas en planos muy diferentes. El primero se refiere al agotamiento sexual del individuo, que no es ni debido, ni fundamental para la felicidad humana, contrariamente a lo que dice la sociedad actual.

La segunda consideración se refiera a la manera cómo la persona vive la relación con la otra y los demás. No solamente su (o sus) partenaire(s) sexual (es). Esta dimensión de relación con la sexualidad afecta a una multitud de aspectos de la vida diaria como el equilibrio psicológico, el testimonio cristiano o la imagen de Dios en nosotros.

En estas circunstancias, los cristianos querrán hacer una llamada a la ayuda profesional para los problemas de la sexualidad en la pareja. Las causas de estos problemas pueden ser médicos, psicológicos o espirituales, y el profesional apropiado será solicitado. El placer sexual es un elemento, inventado por Dios, que refuerza la pareja, incluido no es ni el fundamento, ni la razón de ser. Tampoco lo es la conyugalidad por sí misma es el fundamento o la razón de ser de la existencia humana, por otra parte.

Pero la PASTORAL de la sexualidad, particularmente en la dimensión terapéutica, está a menudo confrontada con situaciones en las que el papel o role es más vasto que el agotamiento sexual de la pareja, y afecta a la identidad m

de la persona y a su relación con la sexualidad en general. El término de «quiebra» sexual es apropiado, pues da cuenta de los estragos relacionales en la vida de los cristianos concernidos, incluidos en sus relaciones con Dios. Se habla de una crisis en su percepción del “sentido divino de la sexualidad”, por lo que tomamos una expresión del doctor Paul Tournier en *Biblia y medicina*.

La cuestión es dolorosa en nuestras iglesias. Se trata de nuestros hermanos y hermanas de orientación homosexual, de niños en nuestras escuelas dominicales que sufren el acoso sexual de parientes o de alguien de su ambiente, cristiano o no, que odian a los hombres y cristianos que menosprecian a las mujeres. Hablo de hombres y mujeres en nuestro culto porque quien cada mención de Dios *el Padre recuerda una ausencia o peor un suplicio*. Los sacerdotes, pastores, como todos los que representan un papel de cuidador espiritual en la vida del prójimo, saben que el discurso teórico está vacío de sentido si no desemboca en una práctica compasiva en este terreno. El término de «reconstrucción» adquiere aquí todo su significado.

C) El papel del cura y el papel del terapeuta

Los papeles respectivos del cura y del terapeuta no se limitan siempre al espíritu de los prácticos concernidos, todavía no

en el espíritu de las personas seguidas. Numerosas personas esperan del sacerdote o pastor una relación que aliente la terapia.

No estoy seguro que sea necesario enteramente delimitar papeles en este terreno. En el filme *Jesús de Montreal*, de Denys Arcand, un sacerdote habla de los fieles que vienen a misa únicamente para entender que el Hijo de Dios los ama y los espera. Continúa diciendo: «Hay muchos que no tienen medios de pagarse un análisis lacaniano. Entonces vienen aquí para escuchar: “Iros en paz”. Esta frase toca con el corazón una realidad de nuestras iglesias: numerosas personas vienen a Jesús en su desgracia, sin saber verdaderamente de qué tienen necesidad. Según las circunstancias, sería cruel por parte de un cura enviar a un parroquiano a un profesional en relación de ayuda, como sería malo por parte del terapeuta cristiano rechazar la escucha de entender las aspiraciones espirituales de un paciente.

Al evocar el intercambio entre las aportaciones de la teología pastoral y las de la psicología, no sugiero que los curas deberían forzosamente practicar la psicoterapia. Incluso cuando un cura está en condiciones de representar un pastor o de consejero de relación de ayuda, este doble papel me parece contra-indicado en numerosas situaciones.

Otros factores trabajan, me parece, la eficacia a largo término de una terapia de este género en el marco de una misma

Iglesia. Lo principal es evidente: en el caso de una salida negativa al tratamiento terapéutico, es decir un fracaso (lo que no es raro), el paciente se reencuentra de golpe privado de socorro espiritual, pues se sentirá mal manteniendo una relación benéfica con el cura que, a sus ojos, se asocia al fracaso de su terapia.

Los cuidadores de la medicina han comprendido desde hace mucho tiempo las ventajas de un equipo compuesto por intervinientes complementarios en el tratamiento.

En numerosas ciudades, se halla una «red ciudad-hospitalaria» que comprende el equipo hospitalario, el médico generalista, las farmacias, los servicios sociales y, a menudo, una célula de apoyo psicológico. Esta complementariedad es benéfica al paciente, pero igualmente a los diversos intervinientes, pues sus competencias son armonizadas, mejor centradas y por tanto más eficaces. Nuestras Iglesias tendrían que ganar un acercamiento parecido en el cargo espiritual y emocional de los miembros necesitados de una terapia cristiana.

II. Los objetivos de una terapia cristiana de la sexualidad



Antes que un trabajo real de reconstrucción pueda realizarse, es necesario saber a qué se parece la obra final. Para los cristianos que se comprometen en este campo, la separación está a menudo entre la realidad de salida y la visión a menudo idealizada por el objetivo a lograr. Uno de los fines de toda terapia es ayudar al paciente a ajustar sus esperanzas a lo que es realizable.

Además, las esperanzas de numerosas personas en materia de sexualidad son a menudo pura proyecciones moldeadas por las presiones familiares o sociales, los mitos propuestos por los medios de comunicación social y alguna interpretación, más o menos fundada en la Biblia, de la pareja y de la familia.

A)¿ Qué buscamos reconstruir?

Si aceptamos que la sexualidad pertenece al orden de la creación, deberíamos deducir un modelo ideal de la sexualidad, concebido así en el plan de Dios para el ser humano.

Soy consciente de las implicaciones teológicas de esta afirmación. La mención de un lazo directo entre un orden creacional y el comportamiento individual en el siglo XXI abre un debate que no puede ser abordado en el contexto presente. Introduce consideraciones relativas a una “ley natural”, a la revelación divina y a la obra de Cristo que implican algunos

presupuestos controvertidos, sobre todo el de un orden creacional que funda una ética sexual cristiana pertinente humano de todos los tiempos.

Baso mi reflexión en estos presupuestos, porque propone un modelo que, por más que identifique el mal y el pecado, propone igualmente una terapia, una salida hacia la reconstrucción.

He encontrado una descripción apreciable de este acercamiento en la Biblia y medicina, de Paul Tournier:

«Frente al amor sexual, vemos que los hombres adoptan de las cuatro actitudes principales: la de la «bagatelización que ve sólo un simple reflejo fisiológico (...), la de la divinización, que por un subestima, desvaloriza necesariamente todo lo que es específicamente humano en el hombre(... del menosprecio, que ve una función degradante. Ahora bien, estas tres primeras actitudes presentan una rara familiaridad puesto que sostienen las tres una no-fusión entre el amor carnal y el amor espiritual (...). La cuarta actitud, la que no presenta la Biblia, es precisamente la de la fusión entre el amor espiritual y el amor carnal, la del sentido divino de la sexualidad, y es gran respuesta, puedo decir la gran medicación de todos los problemas psico-sexuales de nuestros enfermos.

A los que banalizan la relación sexual, revela su verdadera grandeza que desconocen; libre a los que lo divinizan de esclavitud donde los mantenía; reconcilia, finalmente, con

los que lo desprecian, y los que ven el goce que Dios le da al crearlo.

Esta cita califica de “medicación” la actitud presentada por la Biblia respecto a la sexualidad. Incluso si Tournier hace referencia al acto sexual, este acercamiento puede extenderse a la relación de la sexualidad en general.

Concretamente, este tratamiento comienza por el fundamento antropológico de acuerdo con la verdad siguiente: el ser humano obtiene su identidad del valor de la huella divina. Su identidad se afirma con la exclusión de todo otros sistemas de valorización de lo humano, como por ejemplo la rentabilidad económica, el potencial financiero o el poder de seducción.

En el terreno de la sexualidad, los medios de comunicación social nos presentan un sistema de evaluación distinta, basada en el aspecto físico y su disponibilidad sexual aparente, lo que se llama a veces su encanto.

Esta forma de valorización es lamentable para todos: los que no corresponden a este criterio de seducción, pero igualmente las personas que, detentando el poder de seducción, no se ven nada más que a través de la mirada concupiscente de su ambiente.

Conozco a una mujer que, en distintas reflexiones durante su infancia, nunca le oyó a su madre decir que valía. Esta madre era sintomática en toda su relación, en la que el afecto no tenía ningún lugar. En la adolescencia, esta mujer se descubrió como un cuerpo capaz de seducir. Como nunca había sido valorada, no tenía ningún apoyo para construirse una sexualidad fundada en otra cosa que no fuera el deseo de los hombres. 15 años más tarde, tras un tiempo pasado viviendo en la calle, varias hospitalizaciones y mucho tiempo en el hospital psiquiátrico, descubrió que Dios la ama tal cual es. Esta comprensión motivó su conversión a Cristo, pero permaneció casi incapaz de aceptar que Dios y los cristianos de su ambiente la apreciaran y la valoraran sin que ella sirviera para algo.

Una visión justa de sí misma y de los demás permite comenzar la reconstrucción. En materia sexualidad, este reajuste se integra por el paciente, aporta ya una parte de la solución.

Por ejemplo, la necesidad psicótica de seducir, que es un disfuncionamiento de la sexualidad masculina lo mismo que la femenina, encuentra un cebo de respuesta en la comprensión. El Espíritu Santo enraíza a veces de manera milagrosa esa seguridad del amor y de la aceptación de Dios en el corazón de los que se entregan a él, pero generalmente, el cristiano debe caminar progresivamente.

El resultado final de una reconstrucción de la sexualidad no

será un estado, sino un camino de vida que puede ser muy diferente según los individuos. A algunas personas no les gusta esta idea. Nuestra sociedad propaga una manera de vivir y de trabajar que fija objetivos, parámetros de evaluación y exige relaciones de rendimiento. Aunque una tal cercanía comporta numerosos elementos muy positivos, favorece la normalización de procesos y se acomoda a una espiritualidad del camino. La visión bíblica de la espiritualidad comporta procesos de transformación que no concluirán todos aquí abajo, constataciones de no plenitud con las que debemos componer, y un enraízamiento de la felicidad en la relación con Dios y la generosidad. Ninguno de estos elementos obedece a los principios de economía de mercado.

Nos parecen pues extraños e inhabituales. Cuando la felicidad les falta, la mayoría de nuestros contemporáneos supone que con un cambio de circunstancias financieras, afectivas o sociales, todo iría mejor. Las esperanzas de una entrada de dinero, de un empleo más grande o de un cónyuge más joven están entre los motores principales que hacen volver a la sociedad de consumo.

Esta máquina funciona gracias a un principio muy simple: tenemos derecho al placer. ¿Por qué? Porque valgo mucho en la vida, la verdadera, es eso. Este principio está a menudo enmascarado por una cosmética del lenguaje con expresiones como "placentero, realizarse, o encontrar su equilibrio. Subrayamos a menudo este vocabulario en expectativas espirituales de los hombres y mujeres que frecuentan nue

iglesias, quizá incluso en nuestro propio corazón. En el contexto, puede ser muy difícil para un terapeuta cristiano que un paciente acepte el tratamiento terapéutico le lleve a una satisfacción de los deseos.

La felicidad, según la Biblia, se encuentra cuando el fiel se vuelve confiadamente a Dios. Otros elementos como el dinero, un cónyuge, la longevidad y el placer de los sentidos son favores concedidos por Dios que son constitutivos de la felicidad, pero que no son ni los garantes ni condiciones necesarias.

El objetivo de una terapia cristiana de la sexualidad estará pues constituida prioritariamente por una relación armoniosa con Dios, seguida de relaciones sanas con los demás, en un espíritu de gracia y no de derecho, que puede comprender el goce o agotamiento de la sexualidad, pero que puede igualmente suscitar un goce en la castidad, en el celibato, incluso en la enfermedad o en la privación

B) La cuestión de la orientación sexual: homosexualidad, bisexualidad, transexualidad, etc.

La cuestión de una terapia cristiana de la sexualidad para una persona homosexual se plantea pronto o tarde en casi todas las Iglesias. Los objetivos de una tal terapia son menos evidentes de lo que parece.

La homosexualidad se presenta bajo diferentes formas,

determinadas probablemente por las causas de la orientación homosexual, y ciertamente por el trascurso de la vida de la persona concernida. Varios factores intervienen en el proceso de reconstrucción del cristiano homosexual:

- Su experiencia de la homosexualidad: ¿ha vivido en los medios gays? ¿Desde la adolescencia? ¿Solamente después de haber fundado una familia?
- Su visión espiritual de la sexualidad: ¿ha visto siempre la práctica homosexual como un pecado, o esta comprensión tardía?
- Su relación con el placer, en la familia.
- La eventualidad de abusos sexuales en la infancia.

Concretamente, la reconstrucción de un hombre homosexual de 40 años, que ha sido violado por su padre en su infancia, será abordada de manera diferente a la reconstrucción de un joven cristiano que es atraído por los hombres, pero que nunca han vivido nunca la experiencia homosexual.

Además, la homosexualidad puede considerarse en términos de una escala que el sexólogo Alfred Kinsey ha situado entre el 1 y 6, de la heterosexualidad exclusiva.

Esta noción, que la diferencia «homo/hetero» sería una diferencia de grado y no una diferencia de naturaleza, es importante para el que o la que desea cambiar y dejar la práctica de la homosexualidad. Una persona bisexual tiene

generalmente menos mal en vivir sin relaciones homosexuales que o la que no siente ninguna atracción por el sexo opuesto.

Para muchos responsables cristianos, el objetivo primero de este tratamiento espiritual de un homosexual que se convierte a Cristo es evidente: la heterosexualidad. Sin embargo, lo contrario de la homosexualidad, no es la heterosexualidad sino la santificación, como para todo cristiano. Las etapas elementales del camino cristiano para un homosexual son las mismas que para un heterosexual. Además, Jesús indica en Mateo 19,12 que la calidad espiritual de una persona no depende de su calidad sexual. Al igual que el cristiano heterosexual está llamado a vivir castamente. Una vez planteada esta base, me parece que la prioridad no será forzosamente una terapia de la sexualidad. Otros elementos como la oración, la devoción, el estudio de la Biblia, la comunión, la caridad, la humildad, de crecimiento espiritual, etc., serán prioritarios en la formación espiritual del nuevo cristiano homosexual. Los fundamentos de la fe son iguales para todos.

Algunos elementos unidos a la homosexualidad pueden provocar la urgencia de una terapia de la sexualidad. Por ejemplo, la dependencia sexual me parece proporcionalmente más frecuente en los hombres homosexuales que en sus homólogos heterosexuales.

Sin abordar las causas de esta diferencia, está claro que la eventualidad hará de la sexualidad una cuestión de prioridad en la vida de la persona concernida.



Los curas, los terapeutas y los ayudantes cristianos de nuestras iglesias deben vigilar para no focalizarse sobre la necesidad de cambio en el cristiano homosexual, en razón de sus propios sentimientos de miedo o disgusto. Se me plantea a menudo la cuestión de las consecuencias para la Iglesia (grupo de jóvenes) cómo acoger a un homosexual. A pesar de todo, los homosexuales existen ya en nuestras iglesias. Necesitamos una cuestión de reflexionar o la posibilidad de acogerlos. Como con muchos cristianos, con puestos de responsabilidad, que están en lucha consigo mismo por su orientación homosexual que sufren la homosexualidad de uno de sus cercanos. He dirigido recientemente los funerales de un amigo muerto por Sida y que había sido profesor de una escuela y su bisexualidad reveló su enfermedad. La presencia de homosexuales causa en el Cuerpo de Cristo los mismos efectos que el orgullo, el egoísmo o la cólera.

Debemos poner atención a la tentación de normalizar a nuestros parroquianos. Los responsables sacan un sentimiento de seguridad de la idea de que sus parroquianos entren en el molde. Proyectamos a veces sobre ellos nuestros modelos idealizados (casados, tres hijos) que son a menudo manifestaciones de nuestros propios fantasmas asegurados más bien que objetivos espirituales para la sexualidad.

En este terreno, la finalidad variará mucho de un individuo a otro. Para algunos una salida positiva de la terapia comprende el matrimonio y a los hijos, otros serán felices de encontrar

recursos en Dios para vivir el celibato casto y feliz. Esta cuestión se plantea evidentemente con una agudeza particular para los transexuales que han sido operados. En su situación una terapia de la sexualidad no será nunca nada más que una plaga. Sin embargo, gracias a Dios es eficaz también para ellos.

Mi esposa y yo hemos bordeado a cuatro perdonas transexuales durante estos últimos años, juntos o individualmente. Hoy, me comunico regularmente con una mujer que ha sufrido una operación para ser hombre. La operación ha fallado en razón de una infección nosocomial. Esta persona se ha convertido. Nos encontramos a veces en un centro cristiano para hablar y rezar juntos durante uno o dos días. Sin sexualidad clara, ella ha elegido volver a su identidad femenina, en la medida de lo posible. Pero no existe ninguna terapia cristiana de su sexualidad que pueda reconstruir lo que ha sido destruido en ella. En estas circunstancias, el objetivo de un acercamiento terapéutico sólo puede limitarse a un acompañamiento de su crecimiento espiritual a medida que ella descubre hija del Rey de los reyes.

Toda terapia cristiana de la sexualidad para personas en esta situación deberá necesariamente tener humildad.

no poder aportar respuesta completa y definitiva, en la expectativa vuelta a Cristo y a su resurrección.

III. Los diferentes acercamientos cristianos a una terapia de la sexualidad

La experiencia prueba que existe una multitud de caminos hacia el goce de cristiano sobre todo en el aspecto de la sexualidad. Tener en cuenta particularidades de que cada cristiano es una condición de un acompañamiento terapéutico eficaz.

A) Los méritos respectivos de los diferentes acercamientos

Sin entrar en el debate de los méritos respectivos de las diferentes escuelas de psicología, es posible deducir algunas “tendencias” de la terapia cristiana de la sexualidad. En un extremo, todo problema psíquico del cristiano es remitido a cuestión de comportamiento y de elección moral que debe encontrar respuesta en un versículo de la Biblia.

Tengo un manual de relación de ayuda que funciona según esta óptica — una fabulosa herramienta de referencia para encontrar textos bíblicos en unión con la persona humana insuficiente para las complejidades de la verdadera vida. En otro extremo, todo problema psíquico del cristiano se describe como el resultado de una posesión demoníaca. Entre es

todos los acercamientos y soluciones se bordean o bascan con más o menos felicidad.

Algunos prácticos no juran que por el psicoanálisis, otros siguen fielmente los preceptos del comportamentalismo. En realidad, sin decir que todos los sistemas valgan — no tengo la formación ni la experiencia para pronunciarme a este fin —, diversos acercamientos parecen convenir en diferentes personas.

Entre las situaciones de terapia cristiana de la sexualidad conocido a cristianos que han encontrado la clave de una conyugalidad heterosexual feliz en una vuelta a las causas problema de la sexualidad durante la infancia. Conozco a quienes han intentado vivir una liberación milagrosa en una reunión de oración. En el campo de la homosexualidad, a quienes llegan a amar a alguien del sexo opuesto después de un largo trabajo de relación de ayuda. Otros deciden simplemente no ceder a las pulsiones y se mantienen en castidad o celibato. Otros, al estar lanzados a una larga búsqueda ardua de encontrar la curación, descubren al fin del camino la célebre frase: «Te basta mi gracia.»

Los objetivos de una terapia cristiana de la sexualidad pueden también variar en función del individuo. He conocido a dos homosexuales en un recorrido relativamente similares. Uno de ellos lloraba por la idea de no poder amar a una mujer y tener hijos — necesitaba este objetivo para mantenerse en guardia en su lucha contra su orientación. El otro consideraba e

matrimonio como una obligación de resultado. Esta idea le resultó insoportable, y me acuerdo todavía de su rostro iluminado cuando le hice observar que no debía conformarse con las expectativas matrimoniales de sus próximos para vivir una vida cristiana feliz.

Me planteo a menudo la cuestión de los medios prácticos que un cristiano encuentre ayuda en los esfuerzos de reconstrucción de su sexualidad. Algunos libros de testimonios y de reflexiones han sido publicados, pero los que abordan esta cuestión con un fundamento bíblico se cuentan con los dedos de la mano. El programa «Torrentes de vida» propone, en algunas ciudades, un programa de una treintena de sesiones en grupo cerrado para ayudar a las personas concernidas a caminar en la reconstrucción. Su acercamiento terapéutico y espiritual parece eficaz.

En definitiva, los cristianos que han llegado a caminar hacia la reconstrucción de su sexualidad lo han hecho por diversos caminos. Sin embargo, su base es siempre la misma: decir «sí» a caminar hacia Dios según sus principios, y no en función de «la propia realización» o «felicidad».

B) La influencia del medio eclesial

La actitud cristiana respecto a los objetivos de una restauración de la sexualidad estará muy influenciada por el medio eclesial. Algunas formas de Iglesia convienen mejor que otras en el camino de una persona rota hacia la reconstrucción.

Debemos prestar atención a no arrojar la piedra a las demás iglesias con la idea de que la nuestra ha hallado la respuesta. Cada una hace el bien que puede.

Algunas iglesias consideran como una práctica terapéutica suficiente, sea porque desconfían de todo aporte psicológico exterior a la Biblia o la autoridad pastoral, sea porque funcionan con el presupuesto humanista según el cual la vida no tiene otra finalidad que la felicidad personal.

Un acercamiento eclesial exigente, pero equilibrado y compasivo, es necesario en este campo, sin olvidar que todo no depende de la iglesia local. Dios es el verdadero reconstructor de sus hijos. El ser humano descubre, a veces con extrañeza, que es feliz sólo cuando integra su lugar y su papel pero teniendo siempre en cuenta que la clave de todo es Dios y el papel que te ha encomendado..

